

**ESTABILIDAD, CRISIS y
ORGANIZACIÓN DE LA
POLÍTICA: LECCIONES DE
MEDIO SIGLO DE
HISTORIA CHILENA**

Paz V. Milet
(compiladora)

FLACSO-Chile

Estabilidad, crisis y organización de la política: lecciones de medio siglo de historia chilena

Las opiniones que se presentan en este trabajo, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO.

Esta publicación es uno de los resultados de las actividades desarrolladas, en el ámbito de la investigación y la difusión, por el Area de Relaciones Internacionales y Estudios Estratégicos de FLACSO-Chile. Estas actividades se realizan con el apoyo de diversas fundaciones, organismos internacionales, agencias de cooperación y gobiernos de la región y fuera de ella. Especial mención debemos hacer del apoyo de las fundaciones John D. and Catherine T. MacArthur, The William and Flora Hewlett Foundation y Fundación Ford.

Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO.

320.9 Milet, Paz V. comp.
M643 Estabilidad, crisis y organización de la
política: lecciones de medio siglo de historia
chilena. Santiago, Chile: FLACSO-Chile, 2001.
263p. Libros FLACSO
ISBN: 956-205-155-2

ANALISIS HISTORICO / PROCESO POLITICO /
PROCESO SOCIAL / PROCESO ECONOMICO /
DEMOCRATIZACION / INDUSTRIALIZACION /
INTEGRACION ECONOMICA / POLITICA EX-
TERIOR / CRISIS ASIATICA / RELACIONES EX-
TERIORES / RELACIONES CIVICO MILITARES /
GOBIERNO MILITAR / 1950-2000 / CHILE

© 2001, FLACSO-Chile. Inscripción N° 119.983. Prohibida su reproducción.
Editado por FLACSO-Chile. Area de Relaciones Internacionales y Estudios Estratégicos,
Leopoldo Urrutia 1950, Nuñoa.
Teléfonos: (562) 225 7357 - 225 9938 - 225 6955 Fax: (562) 225 4687
Casilla electrónica: flacso@flacso.cl
FLACSO-Chile en el Internet: <http://www.flacso.cl>

Diseño de portada Flacso: A.Dos Diseñadores
Diagramación interior: Claudia Gutiérrez Grossi, FLACSO-Chile
Producción: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile
Impresión: LOM

INDICE

Presentación	7
Introducción	9
Chile contemporáneo 1950-1970 <i>Isabel Torres Dujisin</i>	13
News from nowhere o la vía chilena al olvido <i>Alfredo Jocelyn-Holt Letelier</i>	31
Balance y perspectivas de la democratización política chilena <i>Manuel Antonio Garretón M.</i>	43
La nueva democracia en Chile <i>Hernán Cuevas Valenzuela</i>	85
Esperanzas y frustraciones con la industrialización en Chile: una visión de largo plazo <i>Oscar Muñoz Gomá</i>	111
Inserción comercial chilena en los noventa: Desafíos en el nuevo contexto institucional <i>Verónica Silva</i>	145
Chile: cambio político e inserción internacional 1964-2000 <i>Francisco Rojas Aravena</i>	165
La política exterior chilena: Una síntesis contemporánea <i>Manfred Wilhelmy v. W.</i>	207
Historia del régimen militar o la refundación capitalista del General Pinochet <i>José Luis Díaz</i>	217
Chile: la relación civil-militar durante una década de transición <i>Gabriel Gaspar</i>	231

News from nowhere, o la Vía Chilena al Olvido

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier¹

*Yo que anhelé ser otro, ser un hombre
de sentencias, de libros, de dictámenes,
a cielo abierto yaceré entre ciénagas;
pero me endiosa el pecho inexplicable
un júbilo secreto. Al fin me encuentro
con mi destino sudamericano.*

Poema Conjetural, J. L. Borges

I

Una antigua leyenda chilena relata la existencia de una mítica ciudad hechizada que espera el fin de los tiempos, que es cuando se podrá exorcizar el conjuro que pende sobre ella. En el entretanto cuentan los que saben- muchos serían quienes pudiendo adelantar ese día se coluden a fin de no revelar su secreto cómplice.

En el sur de Chile, en un lugar de la cordillera de los Andes que nadie puede precisar, existe una ciudad encantada de extraordinaria magnificencia. Todo en ella es oro, plata y piedras preciosas. Nada puede igualar a la felicidad de sus habitantes, que no tienen que trabajar para subvenir a las necesidades de la vida, ni están sujetos a las miserias y dolores que afligen al común de los mortales. Los que ahí llegan, pierden la memoria de lo que fueron, mientras permanecen en ella, y si un día la dejan, se olvidan de que la han visto.

1. Historiador, D. Phil. Oxford University; B. A. y M. A., The Johns Hopkins University. Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile e investigador del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Es autor de *La Independencia de Chile: Tradición, modernización y mito* (Madrid 1992), *El 'Peso de la Noche', nuestra frágil fortaleza histórica* (Buenos Aires 1997) y *El Chile perplejo: Del avanzar sin transar al transar sin parar* (Santiago 1998). Ha sido profesor visitante de la Universidad de Cambridge y es actualmente columnista del diario *El Mercurio*.

Un anciano religioso que habitó tres años en la famosa ciudad [...] recuerda sí [...] que en el tiempo que vivió en la ciudad encantada, tuvo ocasión de hablar con amigos suyos que llegaron a ella, y ninguno le reconoció, ni se reconocieron a sí mismos, cuando él les dijo quienes eran. A muchos de ellos encontró después, en las casas de sus familias, y no recordaban tampoco haber estado en la ciudad encantada [...]

La Ciudad de los Césares está encantada en la cordillera de los Andes, a la orilla de un gran lago. El día Viernes Santo se puede ver, desde lejos, cómo brillan las cúpulas de sus torres y los techos de sus casas, que son de oro y plata macizos. Los habitantes que la pueblan son los mismos que la edificaron, hace ya muchos siglos, pues en la Ciudad de los Césares nadie nace ni nadie muere. El día que la ciudad se desencante, será el último del mundo; por lo cual nadie debe tratar de romper el encanto.

[...] César —así se llama— es una ciudad encantada. No es dado a ningún viajero descubrirla "*aún cuando la ande pisando*". Una niebla espesa se interpone siempre entre ella y el viajero, y la corriente de los ríos que la bañan refluye para alejar las embarcaciones que se aproximan demasiado a ella. Sólo al fin del mundo se hará visible, para convencer a los incrédulos que dudaron de su existencia [...] Para asegurar mejor el secreto de la ciudad, no se construyen allí lanchas, ni ninguna clase de embarcación. El que una vez ha entrado en la ciudad, pierde el recuerdo del camino que a ella le condujo, y no se le permite salir sino a condición de no revelar a nadie el secreto, y de regresar cuanto antes a ella. Nada dice la leyenda acerca del castigo impuesto a los violadores del sigilo, pero se supone que ha de ser terrible².

Se trata, pues, de una variante compuesta por diversas tradiciones orales o escritas de viejo cuño asociadas desde siempre a América, incluso desde antes de su descubrimiento y conquista: el lugar donde estuvo el Paraíso, la utópica Nueva Atlántida, la Fuente de la Juventud, en fin, El Dorado, Quivira y múltiples otras derivaciones.

En este caso, sin embargo, lo que más llama la atención es la insistencia en el olvido. La *Ciudad de los Césares* está rodeada y sumida en la más profunda niebla tendida por el más tupido de los olvidos. Se admi-

2. Julio Vicuña Cifuentes, *Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena* (Santiago, 1915), pp 58-63.

te entrar en ella y gozar de sus riquezas sólo si uno está dispuesto a perder la memoria. A su vez, desde fuera, ella misma deviene en un espejismo quimérico, o bien, en un secreto no revelado que, además, no admite comprobación; recordemos que quienes la abandonan se comprometen a olvidarla o simplemente no se acuerdan. En el fondo, es un lugar fantástico que succiona todo atisbo histórico y sólo destella la luminosidad cegadora de una riqueza ilimitada que opera como anzuelo, trampa y/o liberación. La *Ciudad de los Césares* es una suerte de paraíso o refugio de los audaces, la última frontera por la que aspiran atravesar los desilusionados de este confín del mundo.

Difícil encontrar una mejor definición metafórica que la anterior para entender a Chile como país, en este su momento actual por el que transita. Con todo, que se trate de una vieja leyenda oral confirma algo tremendamente alucinante: a veces los pueblos, consciente o inconscientemente, ratifican literalmente sus propias aspiraciones míticas.

En verdad, de un tiempo a esta parte, Chile se ha vuelto un paraíso amnésico. Permítaseme, por tanto, a modo de mero paréntesis ilustrativo, digamos que poco chileno a la luz de lo antedicho, uno que otro dato o noticia de índole histórica, aunque de ello resulte un ejercicio quizá nostálgico y, por lo mismo, a la larga, inútil, comparado con el peso infinitamente superior y gravitante del mito autocumplido.

33

II

Los últimos treinta y cinco años han sido los más dramáticos que generación chilena alguna haya debido soportar. Se han sucedido, una tras otra, tres visiones, tres proyectos distintos y excluyentes de sociedad. En primer lugar, el modelo reformista democristiano (1964-1970), con fuerte apoyo internacional anticomunista -fue concebido como una alternativa al castrismo- que pretendía terminar con el latifundio mediante una extensa reforma agraria, auspiciaba la copropiedad de las empresas cupríferas norteamericanas, a la vez que promovía una progresiva participación política ciudadana masiva. Le sigue la propuesta revolucionaria de izquierda (1970-1973) que radicaliza aún más el proceso expropiatorio y nacionalizador desatado por la Democracia Cristiana, además de querer distanciar a Chile de la órbita norteamericana e intentar infructuosamente un gobierno popular liderado por Salvador Allende, un marxista-leninista confeso. Por último, tenemos el proyecto

militar neoliberal (1973-1989), empeñado en poner fin a la tendencia socializante de la economía que se venía dando desde los años 30, abriendo al país a los mercados internacionales conforme a políticas financieras ortodoxas, y amparado por una brutal represión de los sectores de izquierda.

Nada de extraño, por tanto, que Chile durante estos últimos treinta y cinco años haya estado en la mira internacional siendo percibido como un *test case* de tres experimentos socio-políticos encaminados a "liberar" de una vez por todas a una sociedad tradicional latinoamericana de su subdesarrollo atávico. De hecho, a pesar de sus diferencias estos tres modelos entrañan un conjunto de similitudes modernizantes que tienden a opacar las divergencias de índole estrictamente político. Ello explica quizá por qué la comunidad internacional se ha mostrado proclive a apoyar, con mayores o menores grados de entusiasmo, este curso progresivo por parte de una sociedad que apuesta siempre a favor de un itinerario crecientemente moderno cualquiera sea su etiqueta coyuntural.

Verdadero o no, Chile una y otra vez ha sido percibido, desde dentro y desde fuera, como una constatación lejana de una Europa afincada en las antípodas. Se ha dicho que los chilenos son los "ingleses" o "suizos" del Cono Sur americano. Se ha reparado a menudo en su temprana organización como Estado-nación en el siglo XIX, en sus infrecuentes quiebres institucionales, sus escasas constituciones, su acentuado respeto por el derecho y cierta tradición reformista. Es más, durante el siglo XX, se evidencia un curioso paralelismo político e ideológico con Europa. En los años 30 gobernó un Frente Popular. Chile, además, ha contado con uno de los partidos comunistas de más extendida práctica democrática, equivalente sólo al italiano y al francés de posguerra. Otro tanto se puede decir de la Democracia Cristiana, del modelo de sustitución de importaciones y de un sistema de salud que se hace eco del británico. En los años 60 su clero fue fuertemente influido por el Concilio Vaticano II y el movimiento universitario estudiantil guarda paralelos con sus homólogos francés y norteamericanos de esa misma época. El que Chile tuviera hasta dicha década los partidos políticos de derecha mejor organizados y ostentara una trayectoria militar civilista, no golpista, subraya aún más dichos vínculos.

En fin, la discusión sobre Chile es inentendible si no se toma en cuenta este reiterado carácter proyectual del mundo occidental, en que pare-

cieran reproducirse y confirmarse con relativo éxito sus más ambiciosas aspiraciones idealizantes para este lejano rincón del mundo. Y aún cuando el gobierno militar post 1973 pareciera desmentir todo lo anterior, el que se haya abierto la economía a capitales extranjeros, el que se iniciara una política privatizadora y se ordenaran sus cuentas públicas -concordante con el thatcherismo y la variante económica del "*trickle down*"-, y por último, el hecho de que Pinochet haya aceptado compartir el poder con civiles, antiguos opositores suyos, ha significado que ese inicial desvío parcial se ha traducido a partir de los años 90 en una constatación de que Chile, a pesar de todo, ha seguido siendo el mismo de siempre. Al igual que Pinochet, los dos gobiernos siguientes de centro izquierda han profundizado esta estrategia.

Ahora bien, benevolamente hablando, el saldo arrojado por estos tres experimentos pareciera confirmar esta continuidad histórica no obstante sus disonancias ocasionalmente notorias. Si en los años 50 sólo un 15% de la población pertenecía a la clase media y las clases bajas ascendían a un 75%, se estima que hacia 1996 la pobreza habría bajado a un 23.2%. La tasa de analfabetismo, en igual período, habría descendido de un 25% a un poco más de un 4%. La mortalidad infantil, una de las más altas en el mundo todavía en 1960, ha disminuido diez veces desde ese entonces mientras que la expectativa de vida ha aumentado 18 años entre 1960 y 1994. En el Chile de hoy un 80% de la población vive en ciudades. La gran propiedad agraria dejó de existir hace ya tres décadas, habiendo desaparecido con ello el orden señorial jerárquico que presidió la institucionalidad política y social por casi trescientos años. Es más, la gran propiedad minera cuprífera que a comienzos de los años 60 significaba el 50% de las exportaciones y aún estaba radicada en manos de compañías extranjeras, desde que fuera plenamente nacionalizada durante el gobierno de Allende continúa estando bajo control administrativo del estado.

A este conjunto de logros de largo plazo habría que sumarle otros más recientes. En los últimos diez años Chile ha alcanzado un crecimiento económico sostenido de un 7% anual, el Producto Nacional Bruto se duplicó -antes doblar la producción tardaba 75 años-, se han creado más de un millón de empleos, los sueldos y salarios aumentaron más de un 30% en términos reales, se ha reducido la inflación y el desempleo a un 4.7% (1998), las exportaciones se han incrementado en un 90% y las inversiones extranjeras en un 250%.

Pensar que estos últimos adelantos se deben únicamente al modelo neoliberal introducido por el gobierno militar y consolidado por la alianza de centro-izquierda que asume el gobierno en 1990, resulta miope. La gran transformación social que ha ido operando en Chile, supone un arrastre cumulativo remontable incluso más atrás que estos treinta y cinco últimos años. Fue previamente necesario que el país comenzara a industrializarse a partir de la década de los 30, que paralelamente surgieran instancias administrativas estatales planificadoras y cuadros tecnocráticos capaces de orientar dicho desarrollo, y que todo ello se enmarcara dentro de un sistema político institucionalizado ampliamente representativo de todas las corrientes modernizadoras, desde la izquierda a la derecha, en virtud del cual se podía llegar a acuerdos, o al menos hasta fines de la década de los 60, se podía, precisamente gracias a dicha trayectoria pluralista, evitar quiebres profundos.

Lo particularmente significativo de Chile, es que a partir de los años 60 el proceso que lo ha llevado a un incuestionable desarrollo económico y a una acelerada participación política -entre 1952 y 1964 el electorado se duplica- se ha hecho a espaldas de la institucionalidad tradicional. La Democracia Cristiana que llega al poder el 64 con votos de derecha, hace un gobierno monopartidista y aspira a destruir a los sectores oligarquicos tradicionales; he ahí el sentido político último de la reforma agraria. La Unidad Popular, inicialmente apoyado por sólo un tercio del electorado en 1970, pretende profundizar radicalmente el proceso participativo expropiando industrias, generando desabastecimiento e inflación de hasta un 1000%. En fin, los militares -hasta entonces profesionales y no golpistas- se imponen el 73, cierran el parlamento, prohíben los partidos políticos, intervienen todo el tejido institucional y social, censuran, instauran un régimen de terror, exilian, torturan. Desde 1967 hasta 1990, Chile, por tanto, se ve sumido en una espiral de demandas crecientes que conduce a un estado de confrontación permanente. La otra cara de su modernización política y social ha sido agitación política en el agro y la industria, polarización ideológica, electoralismo plebiscitario, violencia callejera, inflación galopante, seguido por represión y terror sistemático, aplicación de un modelo económico de *shock* que conllevó a la destrucción del movimiento sindical y de ciertas áreas de la economía, a altísimas tasas de desempleo y a una lenta recuperación económica con repuntes significativos únicamente en estos últimos diez años.

No es mi ánimo culpar a unos u otros de este cuadro trastornador, sino enfatizar lo medular: el hecho de que cualesquieran que hayan sido las convulsiones de estos últimos treinta y cinco años igual ha habido desarrollo, la sociedad se ha vuelto más moderna y las expectativas futuras son auspiciosas, ello no obstante de que algo se ha quebrado en la sociedad chilena y esto último es sumamente difícil de dimensionar.

III

A fin de comprender qué exactamente es lo que se ha quebrado cabe preguntarse cómo es que ha sido posible sobrevivir esta seguidilla de trastornos. Respuestas no han faltado; lo más probable es que sobren. Por de pronto, el grueso del electorado parece haber apoyado siempre la fórmula ganadora del momento; estuvo a favor de cambios estructurales revolucionarios durante toda la década del '60 y comienzos del '70, y múltiples factores hacen pensar que las mayorías han terminado por inclinarse a favor también de la revolución "desde arriba" iniciada por los militares. Suponer que estos últimos se han mantenido en el poder todos estos años únicamente gracias a la fuerza es ingenuo.

37

Sólo a nivel de cúpulas la salida consensual ha resultado más difícil, pero ahí nuevamente ha terminado por primar el acomodo pragmático. De hecho, el gobierno actual ha estimado conveniente, dado el equilibrio cívico-militar todavía imperante, defender al general Pinochet en Londres. Política concordante, por lo demás, con la trayectoria conciliatoria de estos últimos diez años: el que no se haya hecho justicia respecto a los abusos de derechos humanos, el que se haya recurrido una y otra vez a la razón de Estado para no investigar a Pinochet y sus familiares, el que se haya mantenido el modelo económico, etc. Para que dicho consenso se diese fue necesario previamente que los sectores más progresistas de izquierda, derrotados el 73, se *aggiornaran* doctrinariamente -renegaran del socialismo marxista-, y asumieran como propio el orden capitalista remozado. En cuanto al centro político y a los defensores del "legado" militar les ha bastado simplemente aceptar el nuevo credo político: la mantención del empate transaccional. De ese modo nadie gana ni nadie pierde y se sigue avanzando en la senda del desarrollo modernizante, pensado cada vez más en términos tecnocráticos y gerenciales.

Esto, por cierto, ha traído consecuencias impredecibles. Desde luego, un progresivo rechazo de la política y un creciente malestar en grupos más conscientes no obstante los logros económicos, tendencia que ha comenzado a volverse más evidente en estos últimos dos años. Según un sondeo de opinión pública (enero 1995) un tercio de la población mayor de 18 años no entiende qué es democracia; a su vez, el 70% estima que el sistema democrático es débil.

En un plano más profundo, ha ido calando incluso la certeza de que Chile está sumido en una aguda depresión. No es para menos. La marea desarrollista de distintos signos dirigistas ha dejado al descubierto un paisaje desolador: colapso de un orden tradicional oligárquico que si bien era injusto al menos aseguraba estabilidad, deslegitimación de antiguas instituciones políticas que enorgullecían al país independientemente de las posturas políticas que se auspiciaran, movilidad social vertiginosa, pasiones desgastadas, proyectos que fracasaron, secuela de muertes, vidas truncadas por el exilio, volteretas ideológicas, sobrevivencia desilusionada y desencanto culposo. En palabras de uno de los más revolucionarios políticos de los años 60 y 70 acerca de dicha sobrevivencia: "Habría sido mucho mejor morir allá...[el 73] que vivir acá pensando... y pensando..."

Lo anterior lo postula un desengañado escéptico, un ilustrado sensible que alguna vez creyó, pero que de repente debe atenerse a la pesadilla de un pasado desgarrador que ofrece, al menos, como consuelo sucedáneo un presente incómodo, o bien, un futuro expectante del que se tiene tan sólo una certeza: que en el mejor de los casos lo que depara dicho futuro, ojalá, no volverá a ser peor que el camino ya recorrido.

Acabo de citar a un ilustrado sensible, representativo a lo más de la cúpula dirigente del país, ¿qué ocurre, en tanto, con el resto, cómo han sorteado las mayorías silenciosas dicho dilema? Pues bien -qué duda cabe- lo han enfrentado conforme a la única modalidad escapista que se les ha ofrecido. Por de pronto, gozando de los nuevos alicientes que estimulan un modelo de mejoramiento del estándar de vida basado en mayor consumo y endeudamiento: *malls*, *developments*, *leasings*, *resorts* de "tiempo compartido", tarjetas de crédito, capitalismo popular, paquetes turísticos, mayor oferta educacional aunque de dudosa calidad, crecimiento del parque automotriz, telefonía celular... De hecho, se estima que aproximadamente un millón y medio de familias chilenas (de una población total de 14 millones de habitantes) posee

algún tipo de deuda de consumo con bancos, financieras o casas comerciales; las cifras, en todo caso, son anteriores a la reciente crisis mundial. Conste, además, que a pesar de los avances recientes, Chile todavía manifiesta fuertes desigualdades; un 10% de la población percibe el 46% del ingreso *per capita* nacional, mientras el 10% más pobre recibe sólo el 1.3%, en otras palabras, estamos ante una diferencia que se multiplica 30 veces. Es más, cálculos de 1996 afirman que el país tiene una deuda social pendiente con 3 millones 300 mil pobres.

A la luz de lo anterior, no es de extrañar, entonces, que se observen signos inequívocos de angustia. La capital, Santiago, cuya población es de más de 4 millones y medio de habitantes, figura entre las ciudades con más trastornos mentales en el mundo según la Organización Mundial de la Salud. Datos de la Organización Internacional del Trabajo para 1995 señalan que Chile es el país donde más horas se trabajan, sin perjuicio que los rendimientos son comparativamente bajos. Es más, en 1994 se calculaba que, en Santiago solamente, habría más de 200 mil adictos a las benzodiazepinas, fármacos que se usan para tratar la ansiedad, el insomnio y la gordura.

39

A dicho panorama debemos sumarle una serie de otros índices preocupantes. Cada semana se denuncian 600 casos configurativos de violencia intrafamiliar; incluso más, estudios sobre maltrato infantil estiman que un 63% de niños chilenos son víctimas de violencia física y 34% sufren agresiones graves. Sondeos tanto para 1991 como 1994 demuestran que menos de un 27% de encuestados considera que la justicia funciona bien; cerca de un 70% cree que favorece siempre a los poderosos, y un 37% contesta que para gente como ellos la justicia simplemente no existe. Sólo un 4% de la población dice confiar en el resto de las personas mientras que en países escandinavos la cifra es superior al 60%. Otro dato ilustrativo es que un 42% de los nacimientos actualmente sucede fuera del matrimonio, y un 21.6% de las familias tiene como única jefa del hogar a una mujer; ello no obstante que sólo un tercio de las mujeres mayores de 15 años o más trabaja por un sueldo.

En suma, el escenario que emerge de aquí mezcla consumo con desigualdad, endeudamiento con angustia, y todo esto en medio de poca desconfianza y, peor aún, altísimos índices de violencia, gran parte de la cual es endogámica, de hecho, estalla en el seno mismo de la casa familiar.

Decíamos anteriormente que la solución ha apuntado por el lado del escapismo. En efecto, el "imperio de lo efímero", del consumo conspicuo y de la concientización vía imágenes se encarga de una parte del problema. La inversión publicitaria nacional ha crecido de US\$500 millones en 1993 a US \$1.100 millones en 1995. A su vez, en un plano estrictamente espiritual es notorio el aumento experimentado por las sectas evangélicas las que, según estimaciones de gobierno, están a punto de representar el 30% de la población nacional.

En definitiva, el desarrollo vertiginoso y trastornador, con todas sus paradojas y nuevas involuciones, está haciendo de Chile un nuevo país, difícil de comprender y menos de predecir.

IV

¿Un nuevo país? Quizás ni tanto, porque esa es probablemente su principal contradicción. Los signos externos, las formas, cambian, pero el país sigue la ruta trazada por una modernización acelerada, cada vez más masiva, impuesta, al igual que desde hace ya treinta y cinco largos años, "desde arriba".

De ahí también su paradoja medular. La de un país que quiere olvidar, que está predispuesto anímicamente a olvidar pero dificultosamente, con éxitos sumamente relativos. ¿Qué otra cosa es un proceso desarrollista traumático en que una sociedad originalmente tradicional, señorial y jerárquica, deviene moderna si no un ejercicio motivado por el olvido inducido? Así y todo ¿cómo puede lograrse una modernización plena si la sociedad en cuestión sigue siendo tan autoritaria, verticalmente dirigida, y adolece aún de resabios estructurales tradicionales tan agudos como son la pobreza, la desigualdad, la falta de justicia social, en fin, la incapacidad misma de dicha sociedad de hacerse cargo de sus propios fantasmas atávicos y recientes? *There 's the rub.*

¿De qué Chile estamos hablando? ¿Del Chile que apenas se deja vislumbrar, ese 68.9% de encuestados en un sondeo de opinión de julio de 1995 que opinaba que aún no se había logrado plenamente la reconciliación nacional, o del Chile que busca nuevos derroteros, nuevas creencias, nuevos mercados para sus productos, nuevas imágenes para adormecer sus siempre insatisfechos deseos liberalizadores? ¿Del otro, del mismo, al decir de Borges?

La revolución social de los años 60 y tempranos 70, al igual que la revolución económica de los 70 hasta nuestros días no compensan la ausencia crónica que significa la falta de una solución política y cultural que sirva de alternativa al autoritarismo. Dicho de otro modo, el paso de una sociedad tradicional a una sociedad fuertemente modernizante se ha hecho bajo signos diversos de autoritarismo. De ahí que se termine por apuntar siempre a lo mismo: cualquier intento chileno de "liberalizar" se hace "desde arriba", supone necesaria o fatalmente aceptar dicho verticalismo. Este es quizá su secreto cómplice, su secreto mejor guardado.

De lo que se deduce que el desarrollismo modernizante en cuanto oferta liberadora opera sólo como espejismo. Lo cual quizá no es ninguna novedad desde una perspectiva sociológica amplia o incluso universal, salvo que en este caso específico ello termina por explicar históricamente por qué en Chile, de un tiempo a esta parte, se recurre tan a menudo y con tanta insistencia, al olvido.

En efecto, Chile nunca ha tenido una gran tradición libertaria en el sentido anglosajón del término. Sus tres grandes hitos mediana y generosamente análogos a dicha inclinación -la evangelización católica-hispana, el republicanismo decimonónico y el positivismo de fines del siglo pasado y comienzos del actual- han posibilitado márgenes de autonomía dentro de un imperio laxo como lo fue el español, seguido por gobiernos oligárquicos que, en el mejor de los casos, se proyectaron como un Estado-nación con cierto grado de flexibilidad dentro de un orden neocolonial-capitalista, y por último, crecientes grados de crecimiento y secularización bajo el lema de orden y progreso. En definitiva, lo que siempre ha primado ha sido el orden, la obsesión por el orden, no una aceptación de la libertad en cuanto tolerancia, diversidad y una sociedad civil que garantice la pluralidad. No todo ha sido en vano, por cierto. La tendencia hacia el orden ha redundado en un entramado institucional significativo, en una tradición legalista de vieja data, y hasta bien adentrados en el siglo XX -la época a la que aquí hemos hecho alusión-, estabilidad política. Nada de mal para un país fronterizo en las antípodas de la proyección mundial europeizante, pero -está claro- que ello no es suficiente. De hecho, en estas últimas décadas tanto desde dentro como desde fuera de Chile, ha cundido la convicción de que a pesar de todos los logros obtenidos históricamente, en definitiva, ello no ha sido suficiente.

A falta de una apuesta libertaria auténtica hemos tenido en Chile, pues, un orden precario *-nuestra frágil fortaleza histórica-* fácil de trizar, lo que produce fuertes y sucesivos trastornos periódicos, difíciles de resolver, e invita a que se opte, a modo de paliativo, por más y más apuestas hacia un futuro supuestamente mejor. En estas últimas tres décadas hemos llevado dicha solución al paroxismo. Al punto incluso que para alimentar una y otra vez dicho itinerario, se niega y olvida el paso inmediatamente precedente, y eso que éste casi siempre es similar si es que no se parece bastante al anterior. Por tanto, se avanza a la vez que se borran las huellas pasadas, aún a riesgo de que se ande en círculos y volvamos una y otra vez a lo mismo: lo aún pendiente, lo que se olvida pero igual reaparece porfiadamente, en fin, lo nuevo y lo de siempre, lo otro, lo mismo.

¿Dónde está Chile? Buena pregunta.

Hace rato ya que la historia de Chile, se hace, o mejor dicho, se sigue haciendo, en *otra parte*, cuan *destino sudamericano*, en algún exilio interno y externo, sobre el prado verde de Parliament Square, Westminster, sembrado con tres mil cruces blancas, como también en Chile, ese que diariamente deja de ser y aún no es, no todavía. *Eutopia/Utopía, the good place/no place*, o lo que lo mismo: *Nowhere*.

A la luz de lo anterior, créanmelo, no sé si este país tiene solución.